

1029
NICANOR PUGA y JOSÉ RINCÓN LAZCANO

El triunfo en la derrota

APUNTE DE COMEDIA

en un acto, en prosa y verso, original



Copyright, by N. Puga y J. Rincón Lazcano, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

—
1912

13



EL TRIUNFO EN LA DERROTA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley,

EL TRIUNFO EN LA DERROTA

APUNTE DE COMEDIA

en un acto, en prosa y verso

ORIGINAL DE

NICANOR PUGA y JOSÉ RINCÓN LAZCANO

Representado por primera vez en el TEATRO ROMEA de Barcelona, la
noche del 5 de Enero de 1912



MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1912

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MARÍA.....	Concepción Blanco.
ISABEL.....	Concepción Solís.
CARLOS.....	Ignacio Valero.
MENÉNDEZ.....	Joaquín Pacheco.
LUIS.....	Julio Zabaleta.

ÉPOCA ACTUAL

Derecha é izquierda, del lado del actor



ACTO UNICO

La escena representa una sala modestamente amueblada. Puerta al foro que conduce á la escalera. En primeros términos, derecha é izquierda, puertas de las habitaciones interiores de la casa. En segundo término izquierda balcón. Por toda la escena muebles apropiados: sillas, cuadros, etc. En el centro una mesita; sobre ella, libros y papeles. En la pared del foro llave de la luz, que jugará á su tiempo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ISABEL y CARLOS

Al levantarse el telón los últimos resplandores del sol tiñen de luz la escena, que, durante esta, irá extinguiéndose gradualmente, hasta sumirla en obscuridad. Carlos sentado junto á la mesa pensativo; doña Isabel de pie, cerca de Carlos

CARLOS
ISABEL

No, mamá, no insistas. No voy al teatro. ¡Siempre el mismo! ¿Dónde están tus entusiasmos, tus convencimientos? Oye... (Amorosa.) No hace muchos días que me hablabas de otra manera... Mamá—me decías—¿verdad que mi obra vale? ¿Que ha de ser un éxito?... Tú conoces, acto por acto, escena por escena, verso por verso, y yo asentí, y lo hice, segura, sin engañarte, con la verdad en los labios y no por vanidad de madre... ¡Qué has de decirme tú! ¡Las madres! ¿Acaso podría parecerte malo, desmayado siquiera, algo que yo creara?

CARLOS

- ISABEL Te equivocas, Carlos.
- CARLOS Pero...
- ISABEL ¡Cobardón! Lo que sientes, es la desconfianza de tu propio mérito. No, y hasta cierto punto eso me lisongea, porque cuanto más se vale. ¡más se duda del valer de uno mismo!...
- CARLOS Calla, mamá. Si alguien te oyera se reiría de nosotros.
- ISABEL Algún rancio sin duda, ó algún fracasado envidioso, que se crea genio mal comprendido.
- CARLOS El cariño que te apasiona, te ciega, ¿tú qué entiendes de poesía, de arte?
- ISABEL Según tú, nada. ¿Pero es que hace falta entender, ser un intelectual del arte como se dice ahora, para sentirlo y para vivirlo?
- CARLOS ¡Pchs!
- ISABEL Pues yo digo que no. Ignoro si tu arte, tus versos, se ajustan ó no á lo determinado... donde sea... por los que lo dispusieran; pero que son bellos, que hacen sentir y estremecer al que los escucha, eso ¡vaya si lo sé! ¡Y no lo dudes, el que logra producir una emoción honda, ese, ese es artista, y tú creo que lo eres porque á mí me han conmovido tus versos! (Pausa.) ¡Recuerda! (Amorosa.) En uno de los pasajes del segundo acto de tu obra, llega á la alquería, abatido por la faena, un rudo mocetón...
- CARLOS Sí. (Pausa.) Está anocheciendo. Viene del trabajo. En el campo todo es quietud, paz, dulzura... Un crepúsculo divino va envolviendo á la naturaleza toda, que cual mujer amada, ¡muy amada!, entra lánguidamente en el sosiego de la noche, sumiéndose en amoroso ensueño, para gozar á solas de las caricias fecundas que le hiciera el sol. (Pausa.) ¡El sol, que rendido de amores por los encantos de la diosa, cae, como un coloso envuelto en púrpura y en oro, tras los picos más altos de la sierra... quizá para llorar los desvíos de su dueña á solas y lejos, ¡muy lejos!... (Con viveza.) Y el mozo, flor de la vida, va llegando al poblado, y el dulce cantar que trae prendido en el alma, asoma á sus labios, y suena vi-

brante, sonoro, feliz, interrumpiendo la paz
augusta de los campos dormidos...

Las mejores coplas mías
nunca el mundo las sabrá. (Pausa.)

ISABEL

¡Son los besos que á mi madre
la dí y la tengo que dar!

CARLOS

(Con apasionamiento.) ¡Exacto!

ISABEL

(Con ternura.) Y ahí, ¡ahí llore!

CARLOS

¡Porque eres mi madre! (Con mucho cariño.)

ISABEL

Y acaso entre el público que ha de asistir al
estreno, ¿no habrá madres también?...

ESCENA II

DICHOS y MENÉNDEZ por el foro

MEN.

¿Soy indiscreto? (Desde la puerta.)

ISABEL

Nunca. Pase usted. (Con naturalidad.)

CARLOS

Adelante, Menéndez. (Indiferente.)

MEN.

¿Conque al fin estrenamos esta noche?

CARLOS

(Intencionalmente.) Sí, *estrenamos*.

ISABEL

Perdone usted, Menéndez. Estamos á obscu-
ras! (Da luz.) ¡Qué casa! Todo está por enme-
dio. ¡Hijo, tu estreno nos trae tan preocu-
pados!...

MEN.

Dígame usted á mí. (Con petulancia.)

ISABEL

¿Ha estrenado usted?

MEN.

¡Casi!

CARLOS

¿Cómo casi?

ISABEL

No comprendo.

MEN.

Muy sencillo. Yo soy amigo de mis amigos.
(Sentencioso.)

ISABEL

¡Claro!

CARLOS

¡Naturalmente!

MEN.

(A doña Isabel.) Usted no me conoce aún.

ISABEL

No.

MEN.

Quise decir, que lo sacrifico todo á la amis-
tad. Ese es mi lema.

ISABEL

¡Muy bien!

MEN.

Y como soy amigo de todos, (A Carlos.) ¿eh,
Carlos?

CARLOS

(Indiferente.) Sí.

MEN.

Resulta, que en todos los estrenos tengo que
danzar. Luego, como soy tan nervioso...

CARLOS

No es incompatible.

- MEN. Padezco terriblemente
- ISABEL ¡Pobrecillo! (Con interés.)
- CARLOS ¿Y por qué va usted?
- MEN. No puedo sustraerme. La amistad... Aparte, de que presto grandes servicios. ¡Cuántas obras sin mi concurso hubieran fracasado!
- ISABEL ¿Sí? (Crédula.)
- CARLOS ¿Cree usted...? (Irónico.)
- MEN. ¡Lo aseguro! Dispongo de un sistema especial que nadie ha podido descubrir. (Con convencimiento.)
- ISABEL Llevando gente que aplauda.
- MEN. ¡Oh, eso es muy primitivo! (Isabel interroga con la mirada á Carlos. Este se encoge de hombros y vuelve la espalda al grupo, yéndose junto al balcón. Pausa durante el juego anterior.) ¡No aciertan ustedes! (Pausa. Con solemnidad.) Cuando estrena un amigo, voy con otros cuantos al teatro. Si la obra es cómica, reímos los chistes, ¡ja, ja, ja! (Se ríe con estrépito.) exageradamente, y como la risa es contagiosa según... no recuerdo, pero, usted lo sabe, Carlos, es contagiosa, pues claro, el público quieras ó no, acaba por reirse, si no de la obra, de nosotros. (Lo creo.)
- CARLOS Pero, se apunta el triunfo al autor. Y no cabe duda, sea como sea, el éxito es éxito.
- MEN. Indudable.
- ISABEL ¿Y cuando la obra es seria?
- CARLOS ¿También ríe usted?
- ISABEL ¡De ningún modo! Entonces empezamos por suspirar, ¡ay! ¡ay!! (Con mucha exageración.) y así progresivamente; hasta que en las situaciones culminantes, rompemos á llorar, ¡ji, ji, ji! (Llorando.) y como el llanto...
- ISABEL Sí, el llanto, sí, señor.
- MEN. Se contagia según...
- CARLOS No sé quién. Adelante.
- MEN. Justo. El público, sobre todo las señoras, nos acompañan...
- ISABEL En el sentimiento. (Con mucha naturalidad.)
- MEN. Resultado: que el público entra, y cuando el público entra, claro es, que ha entrado.
- CARLOS (Qué imbécil es este Menéndez.) Pues con todo eso; á pesar de sus risas y de sus congojas, muchas obras fracasan.

- MEN. Tenga usted en cuenta que no en todas intervengo...
- ISABEL (A Carlos) Alguien estrenará que no sea amigo de Menéndez, y esos...
- CARLOS Oh, Menéndez no es amigo más que de los que triunfan... (Con intención.)
- MEN. Según. Ocurre á veces que por más que se haga hay *meneo*. Porque el público no siempre es justo...
- CARLOS ¡Siempre! (Con entereza.)
- MEN Se equivoca.
- CARLOS ¡Nunca! Los que nos equivocamos somos nosotros. Al público le ofrecemos nuestras obras para que las aplauda ó las rechace. Cuando no son de su gusto hace bien en protestar. Además, que el público con su fallo, no dice esa obra es mala; dice: esa obra no me gusta. No le demos vueltas, el público...
- MEN. Sí, el público... (Interrumpiéndole.)
- ISABEL Menéndez tiene razón.
- CARLOS (¡Majadero!)
- MEN. Pero á lo que íbamos. Hay fracasos que se ven; se ven todos. Yo no me he equivocado ni una vez. (Gesto de extrañeza en Isabel y Carlos.) ¡Ni una!
- ISABEL (Con interés.) ¿Gustará la obra de Carlos?
- MEN. ¡Mucho! (Pausa breve. Carlos sonríe irónicamente. Isabel se muestra satisfecha.) Si no la gritan.
- CARLOS ¡Sin duda! (Con gravedad cómica.)
- ISABEL No lo entiendo.
- MEN. La obra está bien escrita. Tiene versos ¡admirables! Si el público entra, ¡éxito seguro! Si, por el contrario, no acepta la situación inicial del primer acto, si le parece inverosímil el asalto al castillo, si no se entrega cuando el duque se despide para el destierro... señores, soy franco, fracaso tenemos. Lo verán ustedes. ¡Sería la primera vez que yo me equivocara!
- CARLOS (Dándole la mano con seriedad cómica.) ¡Estamos de acuerdo! (¡Idiota!)
- MEN. Lo mismo me dijo Échegaray en cierta ocasión.
- CARLOS ¡Lo creo!
- ISABEL Me ha descorazonado usted, Menéndez. Yo que creí...

- MEN. No se aflija usted. Eso que he dicho es sin contar conmigo. Pero y yo, ¿yo no soy nadie? Me batiré hasta lo último.
- ISABEL ¡Gracias! (Con calor.)
- CARLOS No. Mejor es no hacer nada. Lo agradezco, pero quiero conocer el fallo del público, pero el fallo imparcial, puro, sin amistosa aleación ..
- MEN. ¡De ningún modo! ¡La amistad!... Ese es mi lema.
- ISABEL ¡No le haga usted caso, yo se lo ruego! ¡Qué sería de mi pobre hijo, de mi Carlos, si la obra no gustase!
- MEN. Descanse usted en mí, señora. (Con énfasis.) No sabe quién soy yo todavía.
- CARLOS (Un mentecato)
- MEN. Trabajaré, reiré, lloraré, subiré, bajaré, ¡cuanto haga falta!
- ISABEL ¡Ay, cuánto se lo agradezco!
- MEN. Nada, señora. La amistad...
- CARLOS Ya lo hemos oído.
- MEN. ¿Supongo que me habrán reservado una butaca?
- CARLOS (Displicente.) Luis la tiene.
- MEN. Voy en su busca.
- ISABEL Vendrá aquí.
- MEN. Entonces le espero. Digo, si no soy inoportuno.
- ISABEL (A la vez.) De ningún modo.
- CARLOS (Idem.) Sí. (Distraído.)
- MEN. ¡Cómo!
- CARLOS Que sí, que puede usted esperarle.
- ISABEL Perdónele usted, hoy...
- MEN. Me hago cargo. (Con petulancia.)
- ISABEL A propósito, se acerca la hora y aún no he llevado las localidades a don Prudencio, la familia del principal. ¡Qué habrán dicho!... (A Menéndez.) ¿Si usted me lo permite?...
- MEN. ¡No faltaba más!..
- ISABEL Aquí le dejo con Carlos... (Anímele para que vaya al teatro.)
- MEN. (Irá, (Con sentenciosa presunción.) ¡palabra!)
- ISABEL ¡Gracias! (Mutis foro.)
- MEN. A sus pies. (Muy exagerado.)
(Al hacer mutis Isabel, Carlos vuelve a su ensimismamiento, y se agita nervioso sobre la silla donde se habrá sentado.)

ESCENA III

CARLOS y MENÉNDEZ

- MEN. (Bajando del foro y llegando al lado de Carlos.) Tiene usted una madre adorable. ¡Quién pudiera decir lo mismo!
- CARLOS Es usted huérfano, ¿verdad?
- MEN. ¡Por desgracia! ¡La perdí muy niño! Y lo que son las cosas, ¡ahora es cuando la echo más de menos! (Serio.)
- CARLOS No me extraña. Cuando se es niño se comprende mal, si se comprende, lo que vale el cariño de una madre.
- MEN. Como que no hay que darle vueltas, una madre es una madre. La de usted, repárelo, está más intranquila por su estreno que usted mismo. ¡La pobre teme un fracaso! No la espera porque cree en usted, pero lo teme.
- CARLOS ¡Y quizá no se equivoque!
- MEN. ¿También usted?...
- CARLOS Lo confieso, tengo miedo.
- MEN. Que no se diga. ¡Miedo! Ya me lo dirá cuando le saquemos á escena.
- CARLOS ¡No será fácil!
- MEN. ¿Pues, cómo?
- CARLOS Porque no iré, sencillamente.
- MEN. Eso sí que no. Irá usted, ya lo creo. (Carlos hace signos negativos con la cabeza.) Pues irá usted, ¡ea!
- CARLOS Es cuestión resuelta.
- MEN. ¡Parece mentira! Si será un éxito.
- CARLOS ¿De veras? (Animado.)
- MEN ¡Sin duda! Yo no me equivoco. ¡Tendría que ver!
- CARLOS No me convence. (Incrédulo.)
- MEN. Luego, ¿duda usted, (Pausa.) de usted mismo?
- CARLOS Sí, dudo.
- MEN. Pues yo no. Usted, amigo Carlos, es un autor, ¡un autor muy grande! Bastante más que algunos que pasan por genios.
- CARLOS ¡Adulación!
- MEN. ¡Justicia! Cierto que mi lema... ya lo sabe usted, ¡á qué repetírselo! Pero en este caso

- soy justo. ¿Qué autores tenemos, vamos á ver?
- CARLOS No diga usted eso, ¡por Dios!
- MEN. ¡Benavente! (Con desprecio.)
- CARLOS ¡Ya lo creo! (Respetuosamente.)
- MEN. No es malo; pero, ¿cree usted, como dice la gente, que es un maestro? ¡Qué ha de ser! Sí, escribe bien. Pero quítele usted su ironía, el lenguaje tierno y delicado, cierta gracia en el diálogo y el acierto para elegir asuntos, ¿y qué queda? ¡vamos á ver! ¿qué queda? ¡Nada! ¿Dicenta? ¡Otro! Fuera de las imágenes, las descripciones bellas, la prosa vibrante, la realidad dramática, intensa, de sus asuntos, y el arte, que eso sí, tiene para mover las figuras, ¿qué queda de Dicenta? ¡Nada tampoco! Pues, ¿y los Quintero? Que observan los tipos muy bien y que tienen gracia. Nada, hombre, nada.
- CARLOS Pues con muy poco, muy poco, del ingenio que derrochan esos que no son nada, según usted, yo, y cualquiera, sería un gran autor.
- MEN. ¡Ta, ta, ta! Es usted muy modesto. En fin, no insisto. ¡Tiempo llegará en que me dará usted la razón!

ESCENA IV

DICHOS y LUIS, por el foro

- CARLOS ¡Ojalá! (A la frase anterior aparecerá Luis por el foro.)
- MEN. (Al ver entrar á Luis) ¡Aquí está Luis!
- CARLOS ¡Ilustre maestro!
- LUIS ¿Qué tal, Carlillos?... ¿Hay muchos ánimos?
- MEN. De eso hablábamos. Decíale yo que nada hay que temer yendo en la compañía de un musicazo, de un artista genial como tú.
- CARLOS ¡No es eso! Es algo que no puedo explicarme, pero que me tiene enervado, caído... Mi obra, ¡á qué negarlo! la creo viable, por eso la doy al público.
- LUIS ¿Entonces?...
- CARLOS Mi actitud no la determina el que presenta un fracaso. Tanto da á mis nervios la derro-

ta ó el triunfo. ¡El huracán de un desastre me anonadaría para siempre! ¡La luz intensa de un éxito cegaría tal vez, á quien como yo, le ama tanto... ¡tanto!

LUIS Me lo explico. Algo semejante me ocurrió á mí también al principio. Ya, ¡pchs!, me he acostumbrado.

MEN. Como se acostumbrará Carlos cuando cuente sus triunfos. Tú ya eres soldado viejo en estas lides; llevas estrenadas cinco, ¿verdad? (Rectificándose.) No, cuatro.

LUIS ¡Tres! (Pausa.) y todas con suerte.

MEN. ¡Digo! (A Carlos.) Cuando llegue usted á ellas será otra cosa.

CARLOS Eso va en caracteres. Sospecho que si continúo escribiendo y si consigo estrenar lo que escriba, me ocurrirá siempre igual. Hay quien no se familiariza con los peligros; yo uno de ellos.

LUIS Es verdad.

MEN. ¡Los peligros!.. ¡Bah!; vistos á distancia parecen mayores, y eso es lo que á usted le sucede... (A Luis.) Carlos cree que un fracaso en el teatro es algo grande, ¡monstruoso! (Riéndose.) ¡Quiá, hombre, quiá! ¡Un fracaso no es nada; que no gusta la obra, sencillamente!

LUIS Bien. (Mirando al reloj.) No hablemos más del asunto.

ESCENA V

DICHOS, DOÑA ISABEL y MARÍA por el foro

ISABEL (Desde la puerta y como continuando su conversación.)
¡Como que te ibas á quedar sola en casa!

MARÍA ¿Qué tal, Carlos?

CARLOS ¡María!

MARÍA (A Luis y Menéndez.) Señores...

ISABEL (Haciendo las presentaciones.) María, una vecinita nuestra; el maestro Valcárcel, colaborador de Carlos; el señor Menéndez...

LUIS ¡Tanto gusto!...

MEN. ¡Señorital... (Muy ceremonioso.)

LUIS (Volviéndose á Carlos.) Bueno, pues aquí te quedas.

- MEN. Vámonos.
MARÍA Sentiría que por mí...
MEN. De ningún modo.
LUIS Es la hora. Tengo que dirigir...
CARLOS ¡Buena suerte!
ISABEL (A Carlos.) ¿Ves lo que hace Luis?
LUIS (A Carlos.) La habrá, no lo dudes, y si no qué remedio, á otra.
MARÍA (A Isabel.) ¿Pero no va Carlos?
ISABEL (A María) ¡No, hija!
MEN. (A Luis y Carlos.) Tiene que ser. ¿Me engañaré yo?
CARLOS Lo que sí te ruego (A Luis.) es que me envíes noticias del resultado.
ISABEL Se lo agradeceremos.
LUIS ¡No faltaba más!
MARÍA ¡Ay, sí!
MEN. Eso corre de mi cuenta. A la terminación de cada acto vendré en un coche á traer noticias.
LUIS Muy bien pensado...
CARLOS } Tanta molestia...
ISABEL }
MEN. ¡Qué molestia! ¡La amistad!... (Movimiento de Carlos para atajarle el final.) Entendido, ¿verdad?
LUIS (Abrazando á Carlos.) Ea, hasta luego. Verás cómo triunfamos...
ISABEL ¡Dios lo haga!
MEN. ¡Y lo hará! Yo no me equivoco nunca. (Mutis por el foro. Luis y Menéndez desde la puerta se despiden con una inclinación de cabeza.)
CARLOS (Desde el foro.) Que espero...

ESCENA VI

DOÑA ISABEL, MARÍA y CARLOS

- CARLOS (Viniendo del foro y dirigiéndose á Isabel y María.)
¡Qué tipo más ridículo es este Menéndez! ¡Y debe ser fecunda la progenie de ellos! ¡Porque cuidado si hay Menéndez en la vida!
ISABEL Pues él te quiere y te admira.
CARLOS Lo parece. Como amigo de Luis se metió entre los dos, y ya lo has visto, (A Isabel.) no

nos ha dejado vivir... (Dirigiéndose á María.)
Figúrese usted qué idea tendrá del teatro,
que en mi obra, que es una leyenda de época,
era todo su afán, que, un escudero, que
es el tipo gracioso, saliera con media docena
de retruécanos, y á más, que preguntase
á su amo en qué se parece... no sé qué tontería
á no sé qué sandez. Yo (Pausa.) no le
hice caso ninguno.

MARÍA Hizo usted muy bien.

ISABEL Y, ¿vendrá con las noticias?

CARLOS Con seguridad. Es para lo que sirve; para
danzar. (Pausa de los tres.)

MARÍA Ya habrá empezado la obra, (A Carlos.) ¿verdad?

CARLOS (Sacando su reloj.) Sí; ¡ya ha empezado! ¿Y usted,
cómo no ha ido?

MARÍA (Con turbación.) Han ido mis hermanos y
papá..

ISABEL Estaba sola. Dice que no se encontraba bien
y por eso... (Con intención.)

CARLOS ¿Está usted enferma?

MARÍA No... un poquito dolor de cabeza.. Ya me
ha desaparecido... nada. Iré otro día, cuando
vaya su mamá..

CARLOS Como usted quiera.

ISABEL (Que se dirige á una de las laterales.) Di que no;
es que ha preferido hacerme compañía.
¿Vienes? (A María.)

MARÍA Perdone usted, Carlos...

CARLOS No faltaba más...

MARÍA (Caríñosa.) ¡Que no se ensimisme usted, poeta!
(Mutis Isabel y María por primera derecha.)

CARLOS ¡Adiós, María! (La sigue hasta que desaparece.)

ESCENA VII

CARLOS, solo

(Con desmayo.) ¡Poeta! ¡Poeta! ¡Quién sabe!
Las palabras del maestro inglés vienen á
mis labios... (Con calor.) «Un poeta es un
ruiseñor que permanece en la obscuridad
y canta para alegrar su propia soledad con
dulces sonos; sus oyentes son como hombres
arrebatados por la melodía de un músico

no visto, (Pausa.) y se sienten conmovidos y enternecidos sin saber desde dónde ni por quién.» ¡Poeta! ¡Rui señor del cielo! (Pausa.)

Los poetas son arpas celestiales;
son flores del Edén de aroma llenas,
y embriagadoras por el amor santo
que llevan en su esencia.

Son de la luz el beso,
son del Amor la misteriosa fuerza,
son de las cosas puras,
la más casta pureza...

Son de todo lo grande
el poderoso é inquebrantable emblema,
son los juglares para el bien nacidos
y por el bien y la verdad guerrean,
son de Apolo y las Musas amadores,
son fervientes de Venus y Minerva,
son la luz del Amor y Amor de luces
y la Belleza son de la Belleza...

(Pausa.)

¡Los poetas no saben canción otra
que la sublime de las cosas bellas!

(Pausa; luego con desaliento.)

¡Yo poeta, poeta! (Carlos tiende la mano á la mesa y coge un libro.) ¡Libro maestro de la razón y de la locura, alivio de mis decaimientos, risa de lozanía, eres sentencioso sin la gravedad de un juez austero; eres ameno, eres fuerte, eres el amigo que me dice la verdad, ¡eres bueno! ¡Libro hidalgo, maestro de la razón y de la locura; libro de mis amores! ¡Nunca estés lejos de mis manos, que así no lo estarás de mis ojos que no se rinden de leer-te! (Coge «El Quijote» de la mesa, lo abre y lee casi a tiempo que se oye la voz de Menéndez dentro.) Capítulo V: «Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero»...

ESCENA VIII

CARLOS y MENÉNDEZ por el foro

CARLOS

¡Menéndez!

MEN.

(Fatigadísimo.) Que... que... es... cale... rita.

CARLOS

¿Qué ha pasado?

MEN.

¡Una barbaridad...!

CARLOS Acabe usted pronto... (Nervioso.)
MEN. Espere usted; ¡si no puedo!
CARLOS Una silla. (Ofreciéndosela.)
MEN. Agua, agua, un poco de agua.
CARLOS Mamá, trae un vaso de agua en seguida...
(A Menéndez.) Pero qué, ¿no ha gustado?
MEN. Tenga usted calma, déjeme respirar.

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA ISABEL y MARÍA por primera derecha

ISABEL ¿Qué tienes? (Con un vaso de agua.)
MARÍA ¿Se ha puesto usted enfermo?
CARLOS No. Tome usted... (Dándole el vaso.) hable.
ISABEL (Muy agitada.) ¡Pero usted, Menéndez! ¡Ay!
(A Carlos.) ¿Qué?
CARLOS Si no lo sé. (Dirigiéndose á Menéndez.) ¿Qué ha ocurrido?
MARÍA ¿Ha gustado?
ISABEL ¿Ha sido un fracaso?
MEN. (A los tres.) Sí, no, ¡calma!
MARÍA Menéndez. ¡Por Dios!
ISABEL Hable usted...
MEN. A eso voy.
CARLOS ¡Qué angustia!
MEN. ¡Ah! Estaba descontento. Señora, ¿qué le dije á usted? ¿qué le dije á usted, señorita? ¿qué le dije á usted, Carlos?
CARLOS No lo sé, pero hable usted, hable usted pronto.
MEN. ¡Enorme! No se pueden ustedes figurar una cosa igual. Si lo decía yo... (A los tres.) Lo ven ustedes. Si yo no me equivoco nunca.
ISABEL ¡Por todos los Santos, Menéndez!
MARÍA Acabe usted.
CARLOS ¿Ha gustado ó no?
MEN. Si ya lo he dicho... (Pausa.) ¡un éxito tremendo!
MARÍA ¡Sí!
MEN. ¡Colosal!
CARLOS ¿Entró el público?
ISABEL ¿Y han aplaudido?
MEN. Yo estoy ronco de tanto gritar: ¡bravo! ¡bravo! ¡Bien! ¡Eso es escribir!... Se han repetido.

cuatro números de música... A Luis se lo comían. Los versos del galán han sido aclamados... ¡El autor! ¡El autor!... pedía el público puesto de pie sobre los asientos... En fin, chico, un triunfo... ¿Lo ven ustedes? Si yo no me equivoco nunca.

- MARÍA ¡Carlos! (Con mal disimulado interés.)
ISABEL ¡Hijo mío! (Le abraza.)
CARLOS (A ellas.) ¡Gracias, muchas gracias! (A Menéndez.) Menéndez... (Abrazándole.) agradecidísimo.
MEN. Quite usted... ¡No faltaba más! Y yo me estoy aquí tan tranquilo. Mi puesto está allí... hasta luego.
CARLOS Sí, sí, á ver qué pasa en el segundo acto.
MEN. Qué ha de suceder... el público ya está dentro... coser y cantar.
CARLOS ¿Volverá usted?
MEN. ¡Desde luego!... ¡Señoras! ¡Carlos!
CARLOS ¡Menéndez! (Mutis por el foro.)

ESCENA X

DOÑA ISABEL, MARÍA y CARLOS

- ISABEL ¡Carlos! ¡Hijo mío! ¡Tus sueños son ya realidades!
CARLOS ¡Aún no! (Incrédulo.)
MARÍA Felicitó á usted otra vez, señor autor.
ISABEL (¡Él! ¡Mi Virgen! ¡Qué buena es!) (Mutis por primera derecha.)

ESCENA XI

MARÍA y CARLOS

- CARLOS ¡María!
MARÍA ¡Voy con su mamá!
CARLOS Déjela. La pobre irá á pedírselo á su Virgen...
MARÍA No, á recordárselo.. ¡Se lo hemos pedido tantas veces!

- CARLOS ¿Usted también?
MARÍA Sí, yo también; ¿le extraña? (Con timidez.)
CARLOS No. Es usted muy buena amiga.
MARÍA Usted lo ha dicho ¡muy buena amiga!... Si desea usted quedarse solo... (Con desilusión.)
CARLOS Lo mismo me da. (Sin darse cuenta.)
MARÍA Muchas gracias. Entonces... (Molesta.)
CARLOS ¡Ay! Perdone usted: dije una tontería. No, no se vaya. Se lo suplico. (Aparte.) ¡Pobre muchacha!
MARÍA Bueno, me quedaré; pero con una condición: la de que no esté usted pensativo, ni mucho menos tan triste.
CARLOS Haré lo que usted quiera.
MARÍA ¿Sí? (Animada.)
CARLOS Sí. (Con suma naturalidad.)
MARÍA Es usted muy amable.
CARLOS Nada de eso. Ingenuo.
MARÍA Por Dios, Carlos, que me lo voy á creer.
CARLOS ¿Duda usted de mi sinceridad?
MARÍA No hay motivo. Fué una broma. ¡En qué cabeza cabe que yo interpretara sus galanterías de otro modo! No, Carlos. Broma, broma para sacarle de su ensimismamiento. Quiero verle alegre; quiero que goce usted de su felicidad.
CARLOS ¿Estoy triste acaso?
MARÍA ¿No?
CARLOS ¡Contentísimo! (Pausa.) ¿Y usted se alegra?
MARÍA ¿Le extraña á usted también? Nada más natural. A las personas que le estimamos de veras nos lisonjea su triunfo.
CARLOS Gracias, María, pero..
MARÍA ¡Ingrato! Va usted á quejarse de su suerte.
CARLOS No tengo derecho. Veo realizados los anhelos de toda mi vida.
MARÍA ¡No todos podrán decir lo mismo, Carlos! (Con pena.)
CARLOS Es cierto. (Pausa.) Y si no lo creyera usted vanidad, le haría una confidencia muy secreta, muy íntima. (Con misterio.)
MARÍA No, hable usted. (Con mucho interés.)
CARLOS Sencillamente, que si me satisface mi triunfo no es solo por mí, María.
MARÍA ¿Por quién entonces? (Con ansiedad.)
CARLOS ¡Por mi madre!

- MARÍA ¡Ah! (Con desaliento.) ¡La pobre tiene una alegría!
- CARLOS Yo soy joven, puedo luchar. ¡Mi madre!... Por ella, María, por ella solamente.
- MARÍA ¿Solamente? (Irónica.)
- CARLOS ¿Se burla usted?
- MARÍA ¡Libreme Dios!
- CARLOS La he sido franco.
- MARÍA No del todo. (Irónica.)
- CARLOS Es usted injusta; supone que quise engañarla.
- MARÍA ¡Por su madre! No, Carlos, le conozco lo bastante para atreverme á dudar. Eso sí, lo creo, vaya. Es que...
- CARLOS Siga usted.
- MARÍA ¡Nada! No digo nada.
- CARLOS ¿Quiere usted que yo lo adivine? Pues bien; solo por mi madre. Yo no tengo otro cariño, otro amor, si usted prefiere la palabra.
- MARÍA ¡Ja, ja! ¡Y hablaba usted antes de su sinceridad!
- CARLOS Lo aseguro. ¿Por qué había de ocultárselo?
- MARÍA ¡No sé lo que es amor!
- CARLOS Luego en su arte hay mucho de falso. (¡Y yo que creía!...) (Triste.)
- CARLOS El poeta es la voz feliz de un pueblo cuyos sentimientos al pasar por el alma del artista para trocarlos en armonías, en canciones, le hacen vivir aquello que canta. El pueblo es una flor, el poeta su aroma...
- MARÍA ¡No siente! (Como hablando sola.)
- CARLOS ¡Sí! ¡Sí!
- MARÍA Poetas que me habéis enternecido de amor; los de mis alegrías, los de mis ensueños... los que hicisteis que asomasen las lágrimas á mis ojos, fuisteis falsos porque no llorasteis antes. (Con pena todo el párrafo.)
- CARLOS ¡María!... (Admirado.)
- MARÍA ¡Todos falsos! ¡Usted no sabe lo que es amor y le ha cantado! ¡Falso! (Pausa. Empezará á decir los versos con mucha ironía y terminará sinceramente impresionada.)
- Llegó un día el Amor hasta mi pecho y entróse en él, con sin igual presteza, como entran en el río los arroyos que bajan presurosos de la sierra,

y corren por el llano
hasta besar al mar, donde penetran.
El Amor llegó á mí, raudo, ligero,
cual corzo perseguido en su carrera,
cual hoja que los cierzos desatados
arrancan y se llevan...

¡y yo acogí al Amor y dile albergue!
y de su red divina fuí la presa.

Y bendigo al Amor porque es la vida
y es de entre todas la indomable fuerza,
la única tal vez que al hombre airado
en su ímpetu brutal doma y sujeta;
sus aureas, tenues, ligaduras nobles,
atan al hombre que sumido queda,
como quedan los ábregos furiosos
después de la fatídica tormenta...

El Amor es la vida...

(Con entusiasmo.)

es el deseo de las almas buenas,
es de delicias manantial fecundo
que acrece y no se enturbia, ni se seca;
es el ansia purísima y hermosa
que á todos los mortales enajena,
y halaga y acaricia

y hace soñar, como no más se sueña.

¡Infelices los pechos sin amores;
los cegados que nunca el Amor vieran!

*¡Llegara á mí la muerte tan temida

*y yo no la temiera,

*que ansío más morir, á estar sumido

*en tan hondas tinieblas!

*El Amor es la Musa encantadora

*de todas las bellezas.

*¡Infelices los tristes y abatidos,

*que cruzan indolentes por la tierra

*y no buscan Amor que los aliente

*y preste fortaleza!

*¡Infelices aquellos,

*que del Amor se alejan;

*los que huyen recelosos y cobardes

*cuando el Amor se acerca

*y no han sentido nunca

que incendio tan voraz arda en sus venas!

(Muy marcado.)

¡Los hombres sin amores
no pueden ser poetas!

(Pausa.)

¡Feliz el venturoso
que á los Amores del Amor se entrega!

(Pausa.)

Yo dí albergue al Amor dentro del pecho
y de su red divina soy la presa...

(Llora.)

CARLOS Así, así, María, eso es...

MARÍA ¡No! ¡Eso es mentira!

CARLOS María. ¡Es verdad!

(Ensimismándose; luego con energía.)

¡Amor! ¡Alma del mundo! ¡Yo te ofrendo
mi canción más hermosa de poeta!

¡Amor! ¡Amor es vida!

La vida es del amor el gran poema...

¡el más puro! ¡el más hondo! ¡el más vibrante!

¡todo fe! ¡todo luz! ¡todo belleza!

Amor es Dios y el hombre;

amores son los cielos y la tierra
y los mares, son lágrimas vertidas

por los perjuros que al Amor le niegan,

los bellos dones de un vivir fecundo

henchido de alegrías y noblezas.

... Los que nunca sentisteis el halago
de un beso de mujer, vuestra, muy vuestra,
no sabéis qué es Amor... No: porque un beso
de una vida de Amor... es la cadencia...

(Muy tierno y alisado.)

¡Todo es amor en el concierto augusto
de la sabia, ideal, naturaleza!

¡Recoged la mirada distraída;

siempre el Amor se ofrecerá ante ella...

(Pausa.)

*Huyendo de las horas infelices

*que me impone un vivir todo impureza,

*buscando paz á la inquietud de mi alma

*y alivio al mal de amor que me enajena,

*salgo de la ciudad grave y sombría

*donde la vida la vislumbro muerta,

*como un brioso caballero andante

*armado de ilusiones de poeta;

*ó hidalgo á la ventura, yo recorro

*el noble suelo de mi amada tierra.

*Gusto de deleitarme en mis andanzas
*con ofrecerle al pueblo mis endechas,
*¡á los humildes que cantar no saben
*este humilde poeta los enseña!
*¡Y cómo lo agradecen sin decirlo!
*¡á ellos debo mis triunfos de poeta!
(Pausa.)
*¡Señor, oid! ¡No desdeñéis el ruego
*que os dirigen las mozas de una aldea!
*Para los mozos que esta noche rondan,
*haced las coplas vos que sois poeta;
*coplas todo querer, todo cariño;
*¡hacédselas, Señor, que sean bellas!
*¡Nunca los mozos nos cantaron! ¡nunca!
*¡Señor! ¡hacedlas, que el amor lo espera!
*Así unas mozas me dijeron graves,
*en una andanza por mi amada tierra.
*¡Se morían de amor las pobres mozas!
*¡Y yo canté al Amor, sólo por ellas!
*¡como acaso ya no cantar sabría!...
*Con tal fuego en el alma, y tal vehemencia,
*que rendido el Amor aquella noche
quedóse de tres mozas en la reja.

(Con entusiasmo que va creciendo.)

¡El Amor! Lo contemplo en todas partes
y el Arte es del Amor siempre la huella.
El Sol radia; te que fecunda el germen,
la flor humilde que su tallo tiembla,
el árbol grave que gallardo sube,
el limpio arroyo que cantando llega,
el pico enorme que escalona el cielo,
la luz sutil de lucerina estrella,
el llano patriarcal que pide brazos
y el hondo mar que sojuzgó á la Tierra,
entonan al Amor, que es siempre vida,
con ritmos infinitos, el poema
más puro, más vibrante, más sonoro,
todo música y luz, siempre belleza...
¡Amor! ¡Alma del mundo!
¡ya de tu red divina soy la presa!

MARÍA
CARLOS

Carlos. (Cariñosa.)

¡Estuve ciego! ¡María! (Con pasión.) ¡Perdóna-
me! Per... (Va á rectificar.)

MARÍA

Sí, Carlos, sí. ¡Te perdono! (Muy marcado.)

ESCENA XII

DICHOS y DOÑA ISABEL

- ISABEL ¿No ha vuelto Menéndez?
MARÍA Aun no. (Ruborosa.)
ISABEL Tarda, ¿verdad?
CARLOS Esperará el resultado definitivo.
ISABEL Sin embargo... como dijo...
CARLOS No te preocupes.
MARÍA Claro.
CARLOS Vendrá.
ISABEL Parece estimarle mucho.
CARLOS No es aprecio. Para los Menéndez... la amistad no es la amistad, ¡es egoísmo! Impotentes para labrarse un nombre y traspasar el medio vulgar en que se agitan, procuran la compañía de quien se distinga por su inteligencia para que la gente repare en ellos. Careciendo de luz propia conque brillar, buscan el resplandor de la ajena para ser vistos. Ello es á costa de su personalidad. Nadie dice al encontrarles: ese es... Fulano; todos exclaman: ahí va el amigo de... Mengano. Y no creais jactancia lo que digo. Mis palabras no obedecen al mérito que yo crea tener, sino al de que carece Menéndez.
- MARÍA Después de todo, Carlos ya ha demostrado que vale. (Con orgullo.)
CARLOS No. Pero si alguna vez doy en creerlo, es porque Menéndez busca mi compañía.
ISABEL Ya habrá concluido el segundo acto.
MARÍA Victoria completa. Ya lo verá usted. (Animosa.)
CARLOS Sin duda. (Contento)
ISABEL ¡Qué chiquillos sois!
MARÍA ¡Muy chiquillos! ¿verdad?
CARLOS Quisiera haberlo sido siempre, pero pasé mi niñez sin darme cuenta. Es como la felicidad. No se aprecia hasta que ya está lejos.
- MARÍA ¡Ay, Carlos! ¡qué contenta estoy!
CARLOS Y yo.
ISABEL Hijos míos. Dejadme que participe de vuestra alegría.
- MARÍA ¡Siempre!
CARLOS ¡Siempre!

ESCENA XIII

DICHOS, LUIS y MENÉNDEZ por el foro

- MEN. Ya estamos de vuelta. (Con seriedad cómica.)
- ISABEL }
MARÍA } ¡Menéndez! (Con ansiedad.)
- CARLOS ¡Cómo, Luis! ¿Tú también? (Alarmado.)
- MEN. Esperé al final para venir juntos.
- ISABEL ¿Y qué? (Con cierto temor.)
- MARÍA ¡Ay, Dios mío, estoy temblando!
- CARLOS ¿Qué ha pasado, decidme? ¡No!, no es preciso que habéis. Vuestros semblantes son hartos elocuentes. (A ellas.) ¡Un fracaso!
- MEN. ¡Completo! ¡Ya lo decía yo! (Muy serio.)
- LUIS No tanto...
- ISABEL Hable usted.
- LUIS Se han repetido seis números. Han llamado á la Rute en un mutis y al final me han hecho salir. La música ha gustado, ¿verdad, Menéndez?
- MEN. ¡Muchísimo! Todo el público lo decía. ¡Qué musical ¡oh! ¡qué música! Sobre todo el coro de los corchetes, es originalísimo. (Tararea una música muy conocida.)
- MARÍA ¡Originalísimo!
- LUIS No es eso. (Disgustado.)
- MEN. Bueno. Pero le aseguro que se hará popular muy pronto. ¿A ver si me equivoco?
- CARLOS La música de Luis es popular antes de estrenarse. (Con marcada intención.)
- ISABEL ¿Pero el libro?...
- CARLOS No insistas. ¡Nada!
- LUIS Se han aplaudido algunas escenas. Pero en general no ha gustado; muchos versos, mucho arte... mucha poesía...
- MARÍA Entonces...
- LUIS El público quiere algo más; teatro, interés... obra, en una palabra...
- CARLOS Y eso no lo hay en lo que he escrito. ¡Cier-to!...
- MARÍA (Pobre Carlos.)
- ISABEL (¡Qué desilusión!)

- CARLOS Todos. Todos lo habeis visto menos yo, ¡qué le he de hacer!
- MARÍA ¡Bueno fuera! No eres tú el único. Todos se equivocan.
- CARLOS Por ello no he de desistir. ¡Arte! Si en mi obra hubiese arte no habría fracasado.
- LUIS Como quieras; pero francamente no te acompaño en esa empresa. Es ingrata labor la de educar al público.
- MEN. ¡Dímelo á mí! (Jactancioso.)
- CARLOS Ese es nuestro error. Creernos superiores. ¡Infelices! Para lograr la sanción del público, es preciso disponer de arte, de inspiración suficientes para poder cautivar su espíritu y producirle estéticas emociones. Ahí está la superioridad. Cuando no se acierta es que faltó ese arte, que se es inferior, sencillamente.
- MEN. No lo he entendido. (A Luis.)
- CARLOS Si lo comprendiera, dejaría usted de ser Menéndez. (Pausa.) ¡Vencido!
- MARÍA ¡Carlos, por Dios!
- ISABEL Sé juicioso, cualquiera creería que te ha ocurrido una desgracia.
- MARÍA ¡Ya, ya! Eso no tiene importancia alguna.
- LUIS No es para tanto.
- MEN. Esta señorita está en lo firme. Aparte de que la obra aligerándola un poco en el segundo acto, suprimiendo algo del tercero, variando el final y dándole un poquillo de interés; ¡ya lo creo!...
- LUIS Tal vez...
- ISABEL ¿Oyes, Carlos?
- CARLOS Gracias.
- LUIS En fin, ¡á otra! ¡quién sabe!; acaso consigas llegar, pero procura variar de rumbo.
- CARLOS ¿Qué te importa? Ya sé que no has de acompañarme...
- LUIS Perdona, pero... (A Menéndez.) ¿Vamos? Dejemos al arte en su palacio encantado.
- CARLOS En él viviré más feliz que tú...
- MEN. Voy á acompañarle. ¡La amistad!... ¡Mi lemal...
- CARLOS Más feliz, porque mi espíritu estará tranquilo, y en la paz de mi hogar, gozaré de las dulzuras de un hondo amor.

ESCENA ULTIMA

DOÑA ISABEL, MARÍA y CARLOS

CARLOS (Transición.) Soy un vencido. No sirvo, mis ilusiones han quedado rotas...

ISABEL ¡Qué has de ser vencido! Serás acaso un equivocado. Servirás para otra cosa. Viviremos como hasta aquí, sin luchas, sin temores disfrutarás de la vida. Yo ya soy vieja; no viviré mucho, dame ese gusto, hijo, deja tus ensueños...

MARÍA Sí, Carlos. (Con amor.)

CARLOS (Con cariño.) ¡Qué buenas sois! (A doña Isabel.) Madre, ¡tú sola conoces mis ansias de gloria, mis sueños! ¡No había madres como tú en el teatro! Si me entristece esta derrota es solo porque á ti te apena y también á ti, ¿verdad, María?

MARÍA Sí.

CARLOS A ti que eres flor de ternuras y delicadezas.

ISABEL ¡Pero Carlos, por Dios!

MARÍA Tu madre se entristece sólo porque tú lo estás; tú, su hijo... ¡Su poeta!...

CARLOS ¿Y el tuyo, no?

MARÍA Sí, Carlos, y el mío.

CARLOS Pensando en vosotras viene á mi un verso de oro: *El hogar es el cielo de la tierra.*

ISABEL Sí, hijo; y el nuestro será muy feliz, ¡mucho! Deja tus entusiasmos por el teatro, deja la poesía, nada de versos, vivirás tranquilo, sin cabildeos...

MARÍA Sí, Carlos...

CARLOS (Resuelto) No; por vosotras; ahora menos que nunca; tenía el cariño infinito de mi madre; me faltaba el amor de una mujer. (Con exaltación.) Nuestro hogar será un remedo de la gloria; no, la gloria misma; y como no hay cielos sin poetas, yo seré el del vuestro. Ahora me siento más animoso, más fuerte. Vuestro cariño es la ilusión de mi vida. Lucharé con toda energía. Sobre mi derrota contemplo vuestro triunfo con su bandera

divina de amor. Soy joven, vigoroso; por vosotras, por vuestro amor venceré. ¡Ah!, como yo acierte á dar forma á todo lo que en este pecho palpita no caerá sobre mí el anatema de tus palabras, poeta de poetas. Escribiré otra obra con más arte, con toda la poesía que vuestro cariño trae á mi alma é iré gozoso á ofrendártela ante tu trono, maestro de maestros, que, sonriendo amable, me dirás que el teatro, que es la ilusión más feliz de tu vida, no muere de ramponería. Y los demás hombres sabrán agradecerme también, porque seré sincero con ellos y les cantaré su Amor. ¡El Amor que es la eterna verdad!... (A ellas con interés.)

¡El Amor! que en las noches infinitas
cuando los duelos del vivir lloramos,
es palabra divina que liberta,
es un beso jamás infiel, ni falso,
es hechizo del bien, es armonía,
es luz de un sol purísimo y sagrado.

(Con energía.)

¡Amor! ¡Alma del mundo!

¡No me abandones nunca! ¡Yo te amo!

TELON

Obras de los mismos autores

De Nicanor Puga

... *y callar es bueno*, proverbio en un acto, en colaboración con D. Felipe Cabañas.

El chico de Lavapiés, zarzuela en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Antonio Candela, música del maestro Ribas.

Casamiento por sorpresa, juguete cómico en un acto, en colaboración con D. Bartolomé Izquierdo.

De José Bincón

Historia de los monumentos de la villa de Madrid.—Editada por el Excmo. Ayuntamiento.—1909. (Agotada.)

Del viejo tronco.—Poesías.—1910.





Precio: UNA peseta